

LIBRO DÉCIMONONO

LA EXPEDICIÓN Á CHINA

- SUMARIO: I.—Las expediciones fuera de Europa.—El imperio chino y las naciones occidentales: misioneros y comerciantes: *la guerra del opio*: puertos abiertos al comercio: actos de violencia y represalias: demostración naval: tratado de Tien-tsin (27 de junio de 1858).
- II.—Dificultad que suscita la ratificación del tratado; derrota en la desembocadura del Pei-ho.—Se decide la guerra.—Efectivos ingleses y franceses: preparativos de la expedición: embarque.—Ultimátum dirigido á China: es rechazado.—El general Montaubán en Shanghai: cuidados de toda clase que allí le esperan.—Llegada del cuerpo expedicionario: alto en Shanghai: concentración general en Tche-fu.—Los dos embajadores: el barón Gros: lord Elgin.—Nueva travesía y llegada á la desembocadura del Pei-ho: aspecto general: desembarco cerca de Pehang: preparativos para el ataque de los fuertes.
- III.—Ataque de los fuertes y toma de uno de ellos (21 de agosto de 1860): incidentes varios: rendición de todos los fuertes.
- IV.—Marcha hacia Tien-tsin: creencia en la proximidad de la paz.—Llegada del negociador Kwei-liang al cuartel general: su lenguaje conciliador, inteligencia casi asegurada y luego superchería descubierta.—Los aliados deciden avanzar hasta Tung-chao.—Nueva comedia china: el príncipe Tsai: los europeos rechazan á los negociadores y después consienten en oírlos.
- V.—Envío de agentes diplomáticos y militares á Tung-chao.—El Sr. Parkes y el príncipe Tsai.—Acuerdo aparente y lazo que oculta.—Suerte de los europeos: algunos consiguen llegar á nuestras líneas: terrible destino de los otros (17-18 de septiembre de 1860).
- VI.—Marcha de los ejércitos aliados durante la jornada del 17 de septiembre.—Marcha del 18: encuentro de los tártaros: horribles inquietudes acerca de la suerte de los rehenes.—Combate y victoria de Tcha-kia-nang (18 de septiembre).
- VII.—Los aliados se deciden á realizar un nuevo acto de vigor.—Posiciones de los chinos cerca del puente de Pa-li-kiao.—Batalla y victoria: carácter de esta batalla y causa del éxito (21 de septiembre).
- VIII.—Nuevos negociadores chinos: el príncipe Kong: negativa á devolver los rehenes.—Marcha hacia Pekín: etapas del 5 y del 6 de octubre.—El palacio de verano: sus riquezas: saqueo.—Otra vez los rehenes: cartas cruzadas: regreso del Sr. Parkes y de algunos otros: número de las víctimas.—Intimación: ocupación de las murallas de Pekín.—Terrible resolución de lord Elgin: proyectos diversos: pensamientos y segundas intenciones: incendio del palacio de verano.
- IX.—El príncipe Kong acepta las condiciones de los aliados.—El tratado de paz: sus cláusulas principales.—Entierro de los rehenes y restablecimiento oficial del culto católico.—Regreso á Tien-tsin y medidas adoptadas para la repatriación.
- X.—Cómo es acogida en Francia la firma de la paz: resultados de la guerra desde el punto de vista económico y religioso.

I

Una de las tendencias más corrientes en las modernas edades es ensanchar el campo estrecho de Europa á intentar hasta en los más extremos confines del universo vastas empresas, en parte guerreras y en parte de exploración, sin que se sepa siempre á punto fijo dónde acaba la lucha y la pacificación empieza, y sobre todo sin que pueda preverse á distancia y aun sobre el terreno mismo qué sacrificios serán necesarios y cuáles ventajas ó provechos se obtendrán de tales empresas. Esta tendencia, á pesar de tantos azares, puede calificarse de dichosa si, abriendo á las naciones del viejo mundo vías hasta hoy desconocidas, las aparta de sus contiendas sangrientas, y más todavía si al espíritu de lucro y de conquista se añade la noble preocupación de propagar á lugares remotos las vigorosas máximas de los pueblos libres y de extender el reinado del Evangelio. El segundo Imperio, situado en una época de transición, vió á un tiempo mismo cómo proseguían los crueles conflictos del antiguo continente y cómo nacían los primeros ardores que habían de llevar á las generaciones futuras á las regiones extremas de Oriente y de Occidente. Napoleón III, por mucho que la política europea le absorbiera, apreció estos síntomas y tomó nota de ellos: sus cualidades y sus defectos conspiraban

de consuno á que se mostrara propicio á la evolución que se iniciaba; su imaginación se complacía en contemplar las lejanas perspectivas, y lo vago le atraía en vez de amedrentarle; gustábase todo lo que hace efecto y nada podía hacer tanto como la evocación de los misteriosos países que nadie, por decirlo así, había recorrido hasta entonces. Como se las echaba de gran conocedor de la economía política, agradábase calcular las riquezas de los no explotados territorios, mandaba formar estadísticas, las estudiaba con aplicación concienzuda, y luego, introduciendo, sin darse de ello cuenta, la fantasía en la realidad, se dejaba invadir por el ensueño y lo embellecía todo, hasta sus más minuciosos cálculos, con algunos de los dorados rayos de las *Mil y una noches*. Finalmente, su alma buena, sensible, humanitaria, sentíase seducida invenciblemente por la esperanza de las luces que podría difundir, de los abusos que podría corregir y de los pueblos que podría regenerar. Todas estas ideas, en las que se confundían de una manera increíble la sabiduría y las quimeras, reaparecerán más adelante en la cuestión de México, empresa precedida de otras intervenciones de carácter muy distinto, menos ambiciosas, más positivas y mejor calculadas, que se realizaron para asegurar nuestro comercio ó para extender nuestros dominios coloniales ó para vengar á la humanidad ultrajada: tales fueron las expe-

diciones á China, á Cochinchina y á Siria. De éstas, la primera en el orden cronológico es la de China.

El imperio chino no había tenido durante mucho tiempo otra preocupación que la de aislarse; encontrábase separado del resto del mundo, de un lado por el mar y de otro por desiertos y montañas más infranqueables aún que el mismo Océano; y para mayor vigilancia, habíanse construido en la frontera del Noroeste una larga serie de murallas conocida con el nombre de *gran muralla*, creación gigantesca é infantil á la par, realizada para completar lo que había hecho la naturaleza. Entre estos límites vivía una nación con exceso poblada, visitada por escasos viajeros que relataban de ella cosas maravillosas y cosas que causaban aficción. Decíase que aquel pueblo había llevado las artes útiles á un grado de perfección no alcanzado en ninguno de los de Europa; pero de pronto se había detenido en su marcha, de manera que, al revés de lo que generalmente sucede, lo antiguo se llamaba allí progreso y lo nuevo significaba rutina. Tan inverosímiles se juzgaban estos relatos que nadie les daba crédito; y sin embargo eran la verdad pura. Sobre los cimientos de una civilización antigua, largos siglos de apatía habían acumulado la herrumbre, ya porque los habitantes de aquellas comarcas se hubiesen detenido de pronto en su crecimiento, al modo de ciertos niños, ya porque habiendo conseguido llegar á un grado de habilidad poco común en aquellos tiempos, consideraran de tal manera buena su obra que estimaran oportuno permanecer en lo sucesivo en una inmovilidad satisfecha, como si gozaran de la suprema beatitud y de la suma perfección.

Y sin embargo, aquella Europa tan desdeñada y á la vez tan temida, apareció en aquellas regiones extremas, representada por sus misioneros y por sus comerciantes. La táctica que se siguió respecto de los primeros fué por de pronto favorecerlos con la esperanza de sojuzgarlos; y así durante cerca de doscientos años, los ministros cristianos fueron, aparte de algunos accesos de fanatismo, tolerados, ayudados y á veces hasta influyentes. Pero en el siglo XVIII rompiéronse los vínculos de la frágil alianza: al favor sucedió la desconfianza y gradualmente vino la persecución, que, sin embargo, fué irregular, caprichosa, con alternativas de calma y recrudescencia. Sucedió con frecuencia que los cristianos celebraban sus misterios con cierta seguridad, al paso que á pocas leguas de distancia la conquista de las almas se pagaba con el martirio: todo dependía de la voluntad de los gobernadores, ya que en aquel país los funcionarios locales gozaban de una autoridad arbitraria casi ilimitada, gracias á lo lejos que se encontraba el poder central.

Los comerciantes fueron tratados de distinto modo: cierto que de buena gana les habrían expulsado los chinos de su territorio; pero el comercio es insinuante y resulta en extremo difícil despistar sus astucias. Siendo imposible un prohibicionismo absoluto, adoptóse un término medio, abriendo á los extranjeros un solo puerto, el de Cantón, con exclusión de todos los demás; pero como si aún esta concesión hubiese parecido excesiva, no se omitió medio alguno para hacerla ilusoria, limitándose cuidadosamente el número de chinos que podían negociar con los europeos y vejando á éstos de mil maneras con el doble objeto de desalentarles y de

demonstrar á los indígenas la inferioridad de los «*barbaros*» de Occidente. Tal fué durante muchos años el *modus vivendi* de China con Europa: se comunicaba con nosotros, pero de mala gana, por el puerto de Cantón, como hubiera podido hacerlo por la puerta de un lazareto.

Inglaterra, sin embargo, merced á un contrabando sabiamente organizado, desembarcaba en las costas de China inmensos cargamentos de opio; la magnitud de la ganancia disimulaba, á los ojos de los comerciantes británicos, la inmoralidad del tráfico, cada día mayor gracias á la vergonzosa pasión de los chinos. Ante la gravedad del mal, la corte de Pekín pensó en autorizar lo que no podía impedir; mas al fin prevaleció la prohibición, de tal modo que en 7 de junio de 1839 el comisario imperial de Cantón se apoderó de veinte mil cajas de opio que fueron reducidas á pasta y arrojadas al mar. Entonces comenzó entre Inglaterra y China la guerra famosa conocida con el nombre de *guerra del opio*.

Así como de una guerra injusta nacen á veces consecuencias beneficiosas, de aquella lucha emprendida para sostener un comercio indigno surgió un tratado memorable, firmado primeramente entre el Celeste Imperio é Inglaterra y extendido luego, en 1844, á Francia (1) y á los Estados Unidos, por virtud del cual China desautorizó por vez primera la política de aislamiento, cediendo á la Gran Bretaña Hong-Kong y abriendo al comercio cuatro nuevos puertos: Amoy, Foo-Choo, Ning-Po y Shanghai. Por último, Francia puso gran empeño en contratar en pro de la seguridad de sus misioneros y del libre ejercicio de la religión católica. Algunos años después, en un sitio que se consideraba poco salubre, pero que era muy á propósito para el comercio, los ingleses echaron los cimientos de la ciudad de Victoria, verdadera ciudad occidental que surgía de los mares del extremo Oriente; y al mismo tiempo Shanghai, situada á pocas millas al Sur del Yang-tse-Kiang, se poblaba de establecimientos europeos, sobre todo ingleses, porque en aquellos parajes, más que en otro alguno, se proponía Inglaterra reservarse una preeminencia que fácilmente se convertiría en dominación.

Tratándose de chinos, lo difícil no es firmar un tratado, sino asegurar su cumplimiento; de aquí que cuando llegó el momento de la ejecución del que hemos mencionado, surgieron las diferencias. A pesar de la libertad religiosa solemnemente prometida, un misionero francés, el Sr. Chapdelaine, fué muerto, á principios de 1855, en medio de los tormentos más horribles; y al año siguiente una pequeña embarcación que, aunque con tripulación indígena, ostentaba el pabellón británico, fué capturada en aguas de Cantón por las autoridades chinas, las cuales se negaron á toda reparación. Los ingleses, para tomar represalias, bombardearon los fuertes de la ciudad, y el virrey, contestando á la violencia con la violencia, incendió las factorías europeas. En estas circunstancias, el gabinete de Londres resolvió abastir con un nuevo acto de energía la arrogancia y la mala fe chinas. ¿Se asociaría Francia á la demostración? Consultando sólo las apariencias, cabía dudarlo, tan insignificantes eran nuestros intereses comparados con

(1) Tratado de Nhampoa, 24 de octubre de 1844.

los de nuestra invasora vecina; sin embargo, graves razones aconsejaban la acción común, pues importaba defender si no nuestros intereses presentes, que eran modestos, nuestros intereses del porvenir. Nuestros misioneros habían sido insultados y uno de ellos asesinado, y entre las factorías incendiadas había varias francesas. Un pensamiento, que no convenía formular en alta voz, prevalecía sobre todos los demás: Inglaterra dominaba en Hong-Kong, en Cantón y en Shanghai, todo lo invadía y tenía en la población china puertos y clientes que sólo conocían á los cónsules, el pabellón y el idioma ingleses; asociarse á ella era, pues, no sólo ayudarla, sino también contenerla, obligarla á limitar sus beneficios ó por lo menos á repartirlos. Prevalcieron estas razones, y en 1857 las flotas de las dos potencias bombardearon Cantón y luego, después de nuevas negociaciones entabladas y rotas, dirigieron hacia el Norte, al golfo del Petchili, en donde desembocan las aguas del Pei-ho, río por su extensión secundario, pero importante por su situación, ya que por medio de un canal que lo prolonga y continúa sirve de vía de comunicación entre Pekín y el mar. Los aliados forzaron las grandes defensas construídas en la desembocadura del río y luego remontaron éste hasta Tien-tsin, situada á unas treinta y cinco leguas de la capital (1). Entonces los chinos, asustados, se decidieron á negociar, firmándose en 27 de junio de 1858 un tratado que determinaba las prerrogativas de los europeos, abría nuevos puertos al comercio, proclamaba nuevamente el libre ejercicio de la religión cristiana y estipulaba, finalmente, en provecho de los aliados una indemnización de guerra é importantes reparaciones.

Parecía, pues, restablecida la buena inteligencia y se creía, á pesar de las precedentes decepciones, que esta vez el acuerdo sería duradero; pero de la misma paz nació un nuevo y más grave conflicto, que fué la guerra de 1860.

II

Decía el tratado de 27 de junio de 1858 que las modificaciones se cambiarían en Pekín. Un año después, los ministros de Francia y de Inglaterra, el Sr. de Bourboulón y sir Bruce, salieron de Shanghai, á bordo del *Duchayla* y del *Magicienne* respectivamente, y llegaron el 20 de junio de 1859 á la desembocadura del Pei-ho. Proponíanse remontar el río hasta Tien-tsin en una embarcación ligera, el *Coromandel*, que habían conducido á remolque, y marchar desde allí á Pekín. El almirante inglés Hope, que les había precedido y desde hacía muchos días se encontraba en la costa con varios buques y cañoneros, hizo explorar el paso antes de que los embajadores europeos penetrasen en él, y pudo cerciorarse de que los chinos, desde el año anterior, habían aumentado considerablemente sus medios de defensa. Los fuertes que se alzaban en las bajas orillas parecían bien artillados y se comunicaban entre sí, y además el río estaba cerrado por tres diques sucesivos. El almirante envió á tierra á uno de sus oficiales acompañado de un intérprete para notificar la llegada de los aliados, provocar explicaciones, pedir la apertura del

(1) Véase el mapa adjunto.

río y recordar, en una palabra, las estipulaciones de Tien-tsin, que parecían olvidadas. Los emisarios, al desembarcar, sólo encontraron á algunos aldeanos ó soldados de la milicia, quienes les explicaron que aquellas medidas de precaución habían sido tomadas contra los rebeldes que traían entonces perturbado al imperio, no contra los extranjeros. A todo esto, las autoridades chinas permanecían invisibles. Después de muchas gestiones, pudieron los enviados abocarse con un mandarín de orden secundario que sólo les contestó con evasivas, habló de plazos y fingió no comprenderles. Como tratándose de orientales nada hay peor que una retirada, después de una larga conferencia, resolvieron los aliados intimidar con un acto de energía á aquellos chinos misteriosos, silenciosamente escondidos en sus fuertes. Los días 23 y 24 de junio fueron dedicados á los preparativos de ataque, sin que se recibiera otra noticia de los funcionarios indígenas que un mensaje ambiguo que parecía indicar á los plenipotenciarios otro camino si querían llegar hasta Pekín. El 25 los cañoneros ingleses remontaron audazmente el río, y después de muchos esfuerzos destruyeron en parte el primer dique. Los fuertes permanecían mudos y las murallas desiertas; mas de pronto los chinos, con mayor destreza de la que hubiera podido esperarse de tan mezquinos adversarios, descubrieron sus baterías, y disparando á la vez desde los fuertes de ambas orillas, cubrieron con sus fuegos cruzados á los infelices cañoneros, resultando herido el almirante Hope y llenándose de cadáveres los puentes de las embarcaciones. Al anochecer, el comandante del *Duchayla*, Sr. Tricault, que había acudido por la mañana al sitio del combate con algunos marineros, intentó desembarcar y asaltar una de las fortificaciones; pero sus hombres fueron recibidos con nuevas descargas, se atascaron en los terrenos pantanosos y después de heroicos cuanto infructuosos esfuerzos hubieron de emprender la retirada y reembarcarse. No quedaba más remedio que volver á Shanghai, y esto después de sensibles pérdidas. En este combate quedaron 430 ingleses y 15 franceses fuera de combate (2).

El emperador recibió en septiembre la noticia del fracaso, encontrándose en Biarritz. El 24 del mismo mes Walewski escribió al Sr. de Bourboulón: «El gobierno del emperador ha resuelto infligir á los chinos el castigo exigido por la violación manifiesta de las reglas del derecho internacional. Nos ponemos de acuerdo con el gobierno de S. M. Británica para encontrarnos en condiciones de obrar á principios de la primavera próxima (3).» Si hubiese subsistido alguna duda, los despachos del ministro inglés, M. Bruce, traídos por los vapores correos siguientes, la hubieran disipado. El gobierno chino se negaba á toda excusa. En Pekín dominaba la corriente belicosa: era Sang-ko-lin-sin, jefe del partido de la guerra y el más experto de los generales de la China, el que había inspirado, dirigido quizá la

(2) Parte del Sr. de Bourboulón al ministro de Negocios extranjeros, 30 de junio de 1859 (*Documents diplomatiques*, 1860, págs. 223-227). - Parte de M. Bruce al conde de Malmesbury, 5 de julio de 1859 (*Correspondence with M. Bruce*, pág. 16). - (*Relación de la expedición de China* redactada en el depósito de la Guerra, págs. 9-11). - Véase también el *Monitor* del 15 de septiembre de 1859.

(3) *Documents diplomatiques*, año 1860, pág. 229. - Véase también *El Monitor* de 14 de septiembre de 1859.

